

Empoderamiento y participación social de las mujeres en el medio rural

La perspectiva de género en el desarrollo rural

Fátima Cruz
fcruz@psi.uva.es
Universidad de
Valladolid

Poco se ha escrito sobre la aplicación de la perspectiva de género al desarrollo rural. Sin embargo, la comprensión del enfoque de género y su puesta en práctica en nuestras comarcas rurales son imprescindibles si queremos construir un desarrollo rural sostenible. Es imprescindible que haya una sociedad equilibrada en el medio rural, para lo que hacen falta mujeres y cuanto más cualificadas mejor. Pero si éstas no se ven implicadas en la construcción del desarrollo de su territorio, se seguirán marchando a las ciudades en búsqueda de mejores espacios de realización personal.

Una de las primeras aclaraciones conceptuales importantes es que género no es sinónimo de “mujeres”. Las relaciones de género se construyen con mujeres y hombres y afecta a toda la sociedad. No se trata de cambiar el protagonista de la dominación, sino de construir una sociedad más igualitaria. Esto significa que no se trata de trabajar para insertar a las mujeres en el mercado laboral, o garantizar que una parte del “pastel” de los programas de desarrollo se destine a los proyectos de mujeres o a las asociaciones de mujeres de un territorio, sino de considerar sistemáticamente las condiciones y necesidades respectivas de los hombres y de las mujeres en todas las etapas de esos procesos específicos de desarrollo. Se trata de construir canales de participación ciudadana, tanto para hombres como para mujeres, considerando las especificidades del sistema de dominación fundamentado en las diferencias de género, que tiende a limitar sistemáticamente la participación de las mujeres en determinados ámbitos de la vida pública.

En el presente artículo queremos destacar la importancia de la participación social de las mujeres en el medio rural y la necesidad de trabajar con colectivos desde la perspectiva de género, creando espacios atractivos y acogedores que promuevan la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. Desde mediados de la década de los 90 empieza a forjarse en España un cambio cualitativamente importante en las organizaciones de mujeres y en la intervención para el desarrollo en algunos territorios rurales: de un “trabajo con mujeres” hacia un “trabajo con perspectiva de género”. Estas dos formas de trabajar no son iguales, ni siquiera se parecen. A menudo, cuando se trabaja con mujeres sin aplicar la perspectiva de género, tanto en el medio rural como en las ciudades, se utilizan esquemas que refuerzan los patrones de comportamiento tradicionales, reproducen la subordinación de las mujeres y su vinculación con el ámbito doméstico, así como las limitaciones a la plena incorporación





a la vida productiva y a los espacios de toma de decisiones.

En las últimas décadas vemos surgir en el medio rural, además de las asociaciones de amas de casa, también otras asociaciones y organizaciones de mujeres que vienen trabajando por la igualdad de oportunidades y por la construcción de un contexto sociocultural más igualitario y facilitador de cambios sociales. Así es como las mujeres rurales encuentran más espacios de participación social, asumiendo un mayor protagonismo en los sectores productivos emergentes y en la toma de decisiones en los espacios públicos.

Aunque hay importantes diferencias territoriales en función del arraigo sociocultural de los mecanismos de desigualdad de género, lo cierto es que, lentamente, se puede observar un proceso de empoderamiento de las mujeres en el medio rural. No obstante, es algo que se produce plagado de contradicciones y con una enorme carga adicional de trabajo para las mujeres, que están asumiendo responsabilidades en diferentes ámbitos y dimensiones de la vida comunitaria, como son las empresas, la política, las asociaciones, pero sin reducir su carga de responsabilidad y de trabajo en las tareas domésticas y familiares. Aun así, las mujeres están construyendo en el medio rural espacios colectivos cada vez más atractivos y significativos para ellas mismas: sus “cuartos propios”, en palabras de Virginia Woolf.

Las mujeres rurales: diversidad en una situación cambiante

Según apuntan diferentes estudios (Camarero et al., 2006; Cruz, 2006; Sampredo, 1996 y 2008), el éxodo selectivo de las mujeres del medio rural encuentra sus explicaciones, en gran medida, en las desigualdades de un sistema patriarcal profundamente arraigado en las estructuras sociales (objetivas y subjetivas), que ha situado históricamente a las mujeres en una realidad cotidiana de subordinación e invisibilidad. Las mujeres que tuvieron posibilidades huyeron de un contexto cuyo férreo control social les limitaba el desarrollo personal y las opciones vitales. Para muchas mujeres, marchar a la ciudad ha significado “ganar alas”.

Aun con las limitaciones impuestas por su condición de género también en los contextos urbanos, las mujeres se liberaban del rígido control social de los pueblos (con sus correspondientes exigencias familiares), del trabajo invisible en el campo y de un porvenir de sobra conocido, muy delimitado y restrictivo, siempre subordinado a un varón, sea un padre, un hermano o un marido. Por otro lado, la vida en una ciudad estaba ligada a la inserción laboral y, aunque fuese a menudo en sectores con poco prestigio social, representaba un reconocimiento económico y una importante autonomía. Muchas veces, el cambio a la ciudad también iba unido a los estudios y a una carrera universitaria, que proporcionaba un



▼
El cambio a la ciudad también iba unido a los estudios y a una carrera universitaria, que proporcionaba un horizonte mucho más amplio de posibilidades vitales que el destino habitual de las mujeres en los pueblos pequeños

horizonte mucho más amplio de posibilidades vitales que el destino habitual de las mujeres en los pueblos pequeños (Cruz, 2006).

La división del trabajo y de las funciones sociales entre hombres y mujeres es un aspecto del mundo patriarcal que nos parece importante analizar en la situación de las mujeres en los contextos rurales. Con la modernización y la mecanización de la agricultura, las mujeres pasaron a tener menos ocupación formal en el sector agrario, cada vez más masculinizado. Este proceso ha marcado las pautas de una mayor disociación entre “el espacio de lo productivo (conectado con el mercado, y por tanto fuente de poder, prestigio, autonomía, de existencia social en fin) y el espacio reproductivo (espacio del trabajo no mercantil, gratuito, inmensurable al no ser intercambiado, sin existencia social)” (Sampedro, 1996, p. 27).

El ámbito doméstico, que es el espacio históricamente adjudicado a las mujeres, está marcado por la invisibilidad, por la dependencia económica, por la inexistencia de derechos laborales y la falta de reconocimiento social (es generalizada la creencia de que las amas de casa no trabajan). Asimismo, el aislamiento social también es mayor en el ámbito doméstico, donde las relaciones sociales están más limitadas y giran, básicamente, en torno al propio hogar y sus problemáticas, presentando poca diversidad temática. Para las amas de casa, todas las actividades diarias se relacionan con lo doméstico, no se les reconoce desde el exterior otro tipo de

necesidades, otros espacios o posibilidades de gestionar su tiempo personal. Incluso las labores en la explotación agraria o en la empresa familiar son incorporadas a la rutina doméstica como una tarea más en el mantenimiento del hogar y de la familia.

Pero también hay que empezar a poner de manifiesto la diversidad de perfiles sociales que se enmarcan bajo la etiqueta de “mujeres rurales”. Hasta finales de los años ochenta había una imagen aparentemente más definida de mujer rural, asociada a la actividad agraria, a las mujeres como agricultoras (o como esposas e hijas de agricultores), que, en todo caso, eran igualmente trabajadoras en la producción agroganadera. Aunque siempre hubo diversidad de perfiles personales y sociales en los contextos rurales, el predominio de la actividad agraria sobre las demás actividades productivas, que caracterizaba la ruralidad, también ocupaba a la mayoría de las mujeres residentes en el medio rural, aunque fuese como ayuda familiar. Sin embargo, con los significativos cambios en la agricultura y la diversificación de las actividades productivas, el sector servicios pasa a destacarse sobre los demás, marcando una nueva configuración de la realidad rural, así como una gran diversificación de perfiles profesionales y biográficos, que, además, vienen ampliándose con la llegada de nuevos residentes al medio rural.

Helen Oldrup (1999) ha realizado una interesante investigación en Dinamarca sobre un grupo de mujeres rurales que, viviendo en explotaciones agrarias, trabajan, sin embargo, fuera de la explotación en actividades no agrarias. La autora resalta la magnitud de las transformaciones ocurridas en las actividades desarrolladas por las mujeres en el medio rural, destacando el hecho de que, en Dinamarca, entre 1974 y 1994 se ha duplicado el número de mujeres rurales que trabajan fuera de las explotaciones agrarias, y de que, de éstas, el 76% trabaja en el comercio. Las conclusiones de esa investigación abogan por la existencia de distintos perfiles e identidades de mujeres rurales, en un escenario cada vez más marcado por la diversificación, la complejidad y la multifuncionalidad.

Pero lo interesante de dicha investigación, y lo más pertinente a nuestro ámbito de interés, es que, a partir de la narrativa de estas mujeres rurales sobre sus vidas cotidianas, Oldrup (1999) ha identificado cuatro temas especialmente importantes para ellas: el hogar como un elemento central en la construcción de la identidad; la negociación con sus parejas en la división del tra-

▼
Se está generando una mayor variedad de tipologías de asociaciones de mujeres en los territorios rurales, que pueden constituir una fuerza significativamente innovadora en los programas de desarrollo rural



bajo, tanto de tareas laborales como domésticas; las negociaciones sobre las actividades de ocio y la distribución del tiempo entre trabajo y ocio en las explotaciones agroganaderas, y la participación en grupos de mujeres. Estos temas son muy importantes para las mujeres entrevistadas y ponen de manifiesto algunos aspectos sobre los que hay que incidir en el desarrollo rural desde la perspectiva de género.

En las entrevistas, la autora ha observado que la relación de las mujeres con sus hogares no es sencilla y tiene un significado importante en la construcción de sus identidades personales. En este sentido, una cuestión planteada por varias mujeres es la imposibilidad de elección del lugar donde se ubicará el hogar familiar, que suele estar condicionado, a priori, por el trabajo del marido en la explotación agraria familiar. En muchos casos, vivir con un agricultor implica vivir en la explotación agraria con la familia de él, donde las mujeres sienten limitada su capacidad de decisión sobre cuestiones referentes al propio hogar, asumiendo unos espacios físicos y papeles sociales organizados con anterioridad a su llegada.

Asimismo, las mujeres expresan que siguen teniendo toda la responsabilidad en la mayor parte del trabajo doméstico. Sin embargo, procuran construir sus identidades en oposición al modelo tradicional de ama de casa, manifestando reiteradamente no sentirse satisfechas con la rutina del trabajo doméstico y mantener expectativas de que los compañeros vayan asumiendo parte de las labores de la casa. Por otro lado, las experiencias con los hijos son vividas como muy gra-

tificantes. El estilo de trabajo de las explotaciones agroganaderas, sin horarios, ni días libres, ni vacaciones, y la falta de tiempo para el ocio en la familia, es un tema muy importante en el discurso de las mujeres entrevistadas. Éstas viven la dedicación del marido a la explotación agraria como la cuestión prioritaria para él, que se hace incompatible con las actividades de ocio familiares. Así, las mujeres acaban incorporando a sus funciones la responsabilidad de las actividades sociales y lúdicas de la familia, muchas veces sin la participación de los maridos.

Por último, un tema muy importante y gratificante para las entrevistadas es su implicación en grupos de estudio de mujeres, que debaten sobre temas de interés para las participantes. En estos grupos, las mujeres están compartiendo experiencias y construyendo un conocimiento común, ayudándose a formular estrategias individuales y colectivas para solucionar dificultades cotidianas.

En el medio rural es muy frecuente la existencia de asociaciones de amas de casa. Sin embargo, hay muchas mujeres rurales que se oponen a construir su identidad personal a partir del rol de ama de casa, por lo que están completamente desvinculadas de estas asociaciones y actividades más tradicionales, creando organizaciones en otros ámbitos o con otras perspectivas (por ejemplo, de mujeres empresarias, de mujeres por la igualdad...). Con ello se está generando una mayor variedad de tipologías de asociaciones de mujeres en los territorios rurales, que pueden constituir una fuerza significativamente innovadora en los programas de desarrollo rural.

El empoderamiento y las asociaciones de mujeres

El trabajo con perspectiva de género parte de la comprensión del género como categoría analítica que organiza el mundo material y simbólico. Según Sandra Harding (1996), el género se define como categoría analítica “en cuyo marco los humanos piensan y organizan su actividad social, en vez de como consecuencia natural de la diferencia de sexo” (p. 17). El género, como categoría de organización del mundo social, actúa a la vez en tres niveles: en lo simbólico, en las estructuras sociales y en la construcción de las identidades sociales y personales. Genera una trama sólida de significados, que implica el reparto de roles, de afectos y de funciones sociales, y que está tan arraigada en los modelos tra-



dicionales de ser hombre o mujer que vuelve muy difícil construir otros modelos de inserción en el mundo.

La significación social del mundo a partir del género fundamenta y legitima una división jerárquica del trabajo y de las actividades cotidianas, asignando a las mujeres las tareas y responsabilidades referentes a la crianza de los hijos y al cuidado y mantenimiento del hogar, que además son socialmente menos valoradas. Durante muchos siglos se ha educado a las mujeres para que ocupen ese “lugar” en la comunidad, un “lugar” socialmente construido y adjudicado a las mujeres, y que tiene como eje de la femineidad las exigencias de ser buenas esposas, madres y amas de casa. En oposición, a los hombres se les ha asignado las tareas referentes a la producción de bienes fuera del hogar, con responsabilidades en los ámbitos públicos y con limitaciones en la vida doméstica y en las tareas de cuidados.

El empoderamiento, que es una traducción literal de la palabra inglesa “empowerment”, viene adquiriendo cada vez más importancia en la perspectiva de género, en la medida en que crece la conciencia de que la clave de la dominación patriarcal está en el desequilibrio de poder en las relaciones entre géneros. Por empoderamiento entendemos la creación de condiciones objetivas y subjetivas, personales y colectivas, que posibilitan la participación de las mujeres en los procesos de toma de decisiones y acceso al poder, así como la toma de conciencia del poder que las mujeres tienen, individual y colectivamente. La participación en grupos de mujeres que trabajan con la perspectiva de género permite esa to-

ma de conciencia y el desarrollo de las condiciones para el empoderamiento.

La socialización femenina se fundamenta en la dependencia, tanto afectiva como material, y es necesario construir autonomía para generar desarrollo. En la medida en que las mujeres tienen conciencia de su propio poderío, pueden negociar y decidir, por sí mismas y también con los hombres, sobre las cuestiones de la vida cotidiana que afectan a ambos y a cada uno, y pueden también liberarse de algunos mandatos tradicionales para poder desarrollarse, sin que ello suponga una carga añadida de tareas, contradicciones y culpas. En palabras de Marcela Lagarde (1996), “en el sentido patriarcal de la vida, las mujeres deben vivir de espaldas a ellas mismas, como seres-para-los-otros. La perspectiva de género expresa las aspiraciones de las mujeres y sus acciones para salir de la enajenación, para actuar cada una como un ser-para-sí y, al hacerlo, enfrentar la opresión, mejorar sus condiciones de vida, ocuparse de sí misma y convertirse por esa vía en protagonista de su vida” (p. 18).

Por otro lado, como ya demostró el filósofo francés Michel Foucault (1979 y 1999), el poder se ejerce en las relaciones, es dinámico y circula en diferentes direcciones; es decir, no está ubicado sólo en una parte de la relación. Esta concepción relacional del poder permite comprender que también las mujeres tienen y ejercen un determinado poder. Es un poder sistemáticamente invisibilizado y disminuido por el sistema patriarcal, pero que está, sin embargo, en las capacidades y posiciones de las mujeres y que viene siendo rescatado, visibilizado y poten-



ciado, por la perspectiva de género y los movimientos de mujeres.

Conclusiones

La participación en grupos y organizaciones de mujeres con perspectiva de género promueven dos procesos colectivos específicos: la identificación con otras mujeres (las “iguales”) y la legitimación de las propias posiciones y perspectivas, así como de los cuestionamientos a los mandatos de género por ese grupo de “iguales” (Cruz, 2007). Estos dos procesos imprimen fuerza y, en definitiva, poder a las posiciones personales a partir de las posiciones del grupo de mujeres, que se convierte en espacio propio de referencia. Los espacios colectivos son imprescindibles para los cambios en la socialización patriarcal de la subjetividad de las mujeres. A partir de la participa-

ción se van fortaleciendo los vínculos sociales y posibilitando la integración en el tejido social y el protagonismo en los procesos de desarrollo rural.

A nuestro entender, una de las funciones más importantes de las asociaciones es potenciar la participación social y la transferencia de la capacidad de iniciativa, y ahí es donde las relaciones con otras mujeres construyen redes de apoyo a las iniciativas locales. Una de las trampas de los sistemas de discriminación es la perpetuación de sus mecanismos de control y la creencia en la naturalización de las situaciones de exclusión. Si conseguimos construir proyectos de transformación de lo local con la participación activa de la población y, en este caso, principalmente de las mujeres, podremos desmitificar las barreras que en un determinado contexto pueden parecer insalvables, así como facilitar la acción del efecto demostrativo y de la transferencia de resultados en los programas de desarrollo rural. ■

▼ Referencias bibliográficas

- CAMARERO, L.A. et al. (2006), *El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- CRUZ, F. (2007), “Procesos de empoderamiento a través de la participación colectiva de las mujeres en la Montaña Palentina”, en IV Congreso Internacional de Investigación-Acción Participativa. Valladolid.
- CRUZ, F. (2006). *Género, psicología y desarrollo rural: la construcción de nuevas identidades*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- DÍAZ, C. y M. DÁVILA (2006), *Familia, trabajo y territorio*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- FOUCAULT, M. (1979), *Microfísica do Poder*. Rio de Janeiro, Graal.
- FOUCAULT, M. (1999), *Estrategias de poder*. Barcelona, Paidós (Ed. de J. Varela y F. Álvarez-Uría).
- HARDING, S. (1996), *Ciencia y feminismo*. Madrid, Morata.
- LAGARDE, M. (2001), *Género y feminismo*. Horas y Horas Editorial, Madrid.
- OLDRUP, H. (1999), “Women Working off the Farm: Reconstructing Gender Identity in Danish Agriculture”, *Sociología Ruralis*, vol. 39, nº 3, pp. 343-358.
- SAMPEDRO, R. (1996), *Género y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagravación*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales - Instituto de la Mujer.
- SAMPEDRO, R. (2008): “Conciliación de la vida familiar y laboral en el medio rural: género, trabajo invisible e «idilio rural»”, en V. Frades (coord.), *Mujeres rurales. Estudios multidisciplinares de género*. Salamanca, Universidad de Salamanca.